

La Novela Americana Cinematografica



Núm. 12

30 cts.

¡Expatriada!

por
Miguel Bellamy

Prora Pascual



**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco-Marie Bistagne
Director

AÑO I

NUM. 13

¡Expatriada!

Asunto dramático

Interpretado por

Madge Bellamy y Don Terry

Es una producción **FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 290

BARCELONA

Postal-regalo: **RENÉE ADORÉE**

Ediciones **BISTAGNE**

Passeig de la Pau, 10 bis. - Barcelona



¡Expatriada!

Argumento de la película

En uno de los barrios de Nueva York se alzaba el edificio del cabaret de Barron. Lugar de alegría y de constante animación donde se reunían elementos heterogéneos. Había público sencillo y bondadoso y gentes que al margen de la ley buscaban un poco de olvido viendo actuar a las hermosas danzarinas.

Barron, hombre de pasado turbio, era el dueño del cabaret. El gerente era Jaime Smith, sujeto de toda confianza, noble y fiel.

Jaime tuvo también un pasado lleno de complicaciones, de agitación y de lucha. Unas ligeras cicatrices sobre la nariz eran el recuerdo permanente de un día de pelea.

Tuvo Jaime que tratar con mucha gente del hampa, pero no se manchó con su contacto. Y en el medio en que desarrolló su vida, supo mantenerse con dignidad.

Un anochecer fué Jaime al despacho de Barron donde se encontraba éste sentado ante su mesa de

trabajo y acariciando a Mary, una de las artistas, su amiga del momento.

Salió la muchacha al ver entrar a Jaime y éste enseñó a su jefe una noticia del periódico.

Decía así:

Una confidencia misteriosa ha provocado una orden de detención contra Alfredo Markus a quien se acusa de varios delitos.

Barron sonrió con alegría. El mismo había provocado aquella confidencia.

—¡Ojalá que acaben pronto con él!—dijo—. Hace tiempo que viene sacándome mucho dinero.

—Es un hombre repugnante.

—Diles a los muchachos que estén alerta... Markus es muy peligroso...

Salió Jaime y en el pasillo encontróse con el propio Markus. Ambos hombres se observaron con una mirada escrutadora, severa.

Markus era el matón del barrio. Había tenido en otro tiempo algunos negocios con Barron y ahora exigía a éste continuamente dinero, bajo brutales amenazas.

Volvió Markus a Jaime desdenosamente la espalda y entró en el despacho de Barron.

Los dos hombres se contemplaron con altivez, con rabia. Markus conocía la denuncia de que había sido objeto y como recordaba que una vez Barron al darle unos billetes le amenazó con buscar el medio para que no le pidiera más, tuvo la certeza plena y cierta de que el dueño del cabaret había cursado la denuncia.

—¿Qué quieres?—le dijo Barron, bruscamente.

—Voy de viaje... y necesito efectivo.

—Sabes bien que...

—Silencio... y dame dinero.

Una luz de odio iluminó los ojos de Barron. ¡Si pudiera matar a aquel hombre! Precisamente en el cajón donde guardaba los billetes tenía un revólver. ¡Oh, sí! Dispararía un tiro contra él. La policía no haría nada al agresor por haber librado a la sociedad de un monstruo.

—Te digo que me des dinero—repitió Markus, amenazador.

Barron abrió el cajón. Los billetes estaban al lado del arma. Metió la mano y fué a empuñar el revólver. En aquel momento, Markus con su brazo apretó el cajón, aprisionando la mano de su adversario y dejándola sin movimiento.

—¡Miserable!—le dijo.

Y le quitó el revólver que se guardó en el bolsillo, haciendo lo propio con varios billetes de banco.

Barron estaba confundido por su derrota.

—Bueno, gracias, Barron—dijo Markus sonriente—. Bien sabía que podía confiar en ti.

Y abandonó la sala con una sonrisa irónica de hombre que nunca pierde.

Markus se encaminó hacia la puerta posterior del cabaret donde esperaban unos secuaces suyos. Entregando a uno de ellos el revólver que había quitado a Barron, dijo:

—Ese canalla de Barron denunció a la policía mi último trabajo... ¡Acabad con él esta misma noche!

Y les dió las instrucciones necesarias para que el delito quedara impune.

Poco después, Barron se encaminó a la gran sala del cabaret, animadísimo a aquella hora. Desde

una de las puertas y en compañía de Jaime pasó revista a los concurrentes.

Se fijó de pronto en una mesa en la que había dos caballeros.

—Allí está el nuevo fiscal... Convendría, Jaime, que fueras a hablarle. Hay que tener contenta a esa gente de la justicia.

—¡Allá voy!

Lentamente se encaminó hacia aquella mesa.

Ricardo Starr, el joven nuevo fiscal del distrito, había ido al cabaret en compañía de su tío, don Pedro, un hombre campechano y cordial.

—Ricardo—le decía su tío—, ésta es tu última noche de libertad. Desde mañana, tu oficina te absorberá todas las horas, sin dejarte tiempo para tener buen corazón.

—Clerto. Va a resultar algo difícil tener buen corazón en mi nuevo cargo—replicó severamente—. Mi única misión es mandar a los acusados a presidio.

—Estás equivocando, Ricardo. Lo que la ley necesita es ser algo más humana, más bondadosa...

Ricardo había acabado la carrera y su alma rendía un culto severo y rígido a la fuerza de la ley. Nada de sentimientos ni calor de humanidad, nada de atenuantes en los delitos. Las gentes eran sólo buenas o malas.

Jaime se presentó a los dos hombres y les saludó cordialmente ofreciéndoles sus respetos como gerente del cabaret. Invitado por ellos, se sentó a su mesa y les dijo:

—Siempre apreciamos las inspecciones, señor fiscal... Aquí jamás hacemos nada fuera de lo legal...

—Todos estos garitos, desde aquí fuera, parecen inofensivos—respondió severamente, Ricardo.

Iba a dar principio el espectáculo. Entre bastidores se preparaban a salir varias bailarinas, hermosas muchachas que vestían "maillots" de seda... Entre ellas estaba una corista que debutaba como tiple.

Se llamaba Alicia Carroll y era de una belleza arrebatadora.

Momentos antes de aparecer en escena corrió a telefonar a su madre. Echó en la ranura una ficha que encontró en el mismo aparato y estableció la comunicación.

—Mamá, voy a cantar mi nueva canción—le dijo—. Escucha en la "radio".

—¡Que tengas suerte, hijita!

La bailarina Mary dijo, riendo, a otras compañeras:

—¡La tanta esa cree que Barron le dio el número de la estrella por su voz!

Volvióse rápidamente Alicia interrumpiendo la conferencia.

—¡Cállate, rubia de mil demonios!

Y luego continuó, en el teléfono, rogando a su mamá que no dejara de escuchar el "couplet".

Reunióse después con las demás artistas para ir juntas a la gran sala del cabaret. Barron, desde la puerta, dirigió a todas palabras galantes, de un modo especial a Alicia, a la que miraba con buenos ojos.

Las bailarinas desgranaron en el salón sus danzas modernas y Alicia acompañó el baile con sus canciones picarescas.

Se movía bien en escena, con gran desparpajo.

Jaimo la contemplaba con profunda alegría. Conocía a Alicia desde muchos años antes y se alegraba al verla triunfar hoy. ¡La quería tanto!

—Ricardo, ahí tienes una joven muy interesante—dijo el tío Pedro al fiscal, que contemplaba con frialdad a la hermosa danzarina.

—¡No seas cándido, tío! Para mí todas las mu-



...Alicia acompañó el baile con sus canciones picarescas.

chachas de cabaret son de probada culpabilidad—respondió.

—El hecho de que una chica trabaje en el cabaret no significa que sea mala, señor fiscal—dijo Jaimo.

—Es una apreciación personal.

—Ya conozco a Alicia Carroll desde pequeña y sé que es una muchacha buenísima.

—No diré que no...

Alicia, moviéndose entre las mesas, cantaba, refa... Vió de pronto a Ricardo y resultándole simpático este muchacho serio y desconocido, se acercó a él y le brindó la más hermosa canción de su repertorio.

El fiscal contempló serenamente a la muchacha y no dejó de reconocer que era muy bella. Pero severo y frío en su profesión, no hizo el menor movimiento ni dijo una palabra para atraerse a la artista. La contempló con sus ojos morenos y ella le miró también con satisfacción.

La actuación de Alicia resultó un éxito y sonaron, al finalizar, abundantes aplausos.

La joven volvió al teléfono y llamó de nuevo a su madrecita que con el aparato radiotelefónico había escuchado las canciones de su hija.

—¡Mamá... mamá, he tenido un gran éxito! —dijo—. Mi "couplet" principal la he cantado a un joven la mar de simpático...

Interrumpió la conversación un empleado diciendo que el señor Barron quería hablarla.

Alicia dio por teléfono varios besos a su madre, y feliz por haber triunfado, se encaminó al despacho del dueño del cabaret.

Barron la esperaba sonriente.

—Chiquilla—le dijo acariciándola atrevidamente—. Lo hiciste bien... y quizá te daría un puesto definitivo de estrella, si...

—Señor Barron...

—Si quisieras ser mía—acabó diciendo, pretendiendo abrazarla y besarla en la boca.

Alicia desprendióse con energía de sus brazos. Mientras tanto, la rubia Mary dirigíase al des-

pacho de Barron. Al llegar ante la puerta, escuchó rumor de pelea y quedó en el pasillo enterándose de aquella conversación.

—Chiquilla, no te pongas así—decía Barron a Alicia.

—¡Si me vuelve usted a tocar, soy capaz de matarlo!

—Bien, entonces, ¿por qué crees que te di el camarín privado? ¿Por tu arte? ¡No, mujer! ¿Quedas despedida!

—Perfectamente. Y lo que siento es haber cantado aquí—gritó.

Y salió furiosa del despacho.

Mary retiróse rápidamente de la puerta al ver a Alicia.

Miró a la estrella con todo el odio de su alma. Tenía celos de Alicia por haber ésta provocado la atención de Barron, y al propio tiempo se sentía furiosa por el desprecio que la joven había inferido al dueño del cabaret. Barron era algo muy suyo, y cualquier desdén a él, aunque fuese de amor, haría los sentimientos de Mary.

—¿Y bien, querida?—la interrogó, burlonamente—. ¿Le gustó a Barron tu voz?

—¡Hala!—le respondió con desprecio—. Si me sigues provocando te romperé las narices.

Y como en aquel instante pasara un camarero con una bandeja de dulces, Alicia cogió un puñado de ellos y se los echó a la cara de su enemiga. Esta, con el rostro pringado, volvió a su cuarto, mascullando maldiciones contra la antipática rival.

Alicia entró en su camarín, contiguo al despacho de Barron, deseando abandonar cuanto antes aquel cabaret.

Mientras tanto, Barron se había levantado de su sillón y se dirigía a la puerta.

En aquel instante, desde la ventana abierta, le dispararon un tiro, y, haciendo una mueca horrible, cayó muerto.

La venganza de Markus se había cumplido. Uno de sus secuaces con la propia pistola de Barron, había dado muerte a éste.

El agresor tiró momentos después la pistola por una ventana que correspondía al camarín de Alicia. Creía el asesino que las dos ventanas pertenecían al mismo cuarto. Estando allí la pistola de Barron, era fácil que creyesen en un suicidio.

Alicia oyó el tiro y en seguida vio caer en su estancia una pistola.

De modo maquinal, inconsciente, cogió el arma y abrió la puerta de escape que comunicaba el camarín con el despacho de Barron.

¿Qué había podido ocurrir?

Quedó horrorizada al descubrir en tierra el cuerpo de Barron. ¡Dios santo! ¿Quién había asesinado a ese hombre?

El ruido del disparo había atraído en el corredor, ante la puerta del despacho, a Mary y a varios artistas que comentaban el suceso, sin atreverse a entrar.

Un empleado corrió a advertir a Jaime, que estaba aún en la mesa del fiscal, lo que pasaba... y el gerente se levantó, atemorizado y seguido de Ricardo y de don Pedro.

Entraron en la habitación y vieron un trágico espectáculo. Barron, caído en tierra sobre un mar de sangre, y a su lado, con los ojos extraviados

por el espanto, a Alicia con un revólver en la mano.

Mary se abrazó sollozando al cuerpo de Barron y, luego, bajo el impulso del odio, señalando a Alicia, que parecía hallarse en un raro éxtasis:

—¡Ella es la culpable!... Yo sí perfectamente que amenazé matarlo.

El fiscal avanzó hacia Alicia y tomando el revólver que tenía en las manos, le dijo:

—¿Dónde consiguió usted esta arma?

—¿Yo?... ¡Esta arma?... ¡Oh, Dios mío! ¡No, yo no he sido... no!—contestó dándose cuenta de su situación y estallando en un sollozo.

En aquel instante se daba cuenta de que llevaba un arma comprometadora.

—¡Ella le mató!—gritó Mary, implacable.

—Yo no he sido... Yo sí un disparo y cuando entré... Barron ya estaba muerto.

—¿Y cómo está el revólver en su poder?—dijo el fiscal.

—Me lo echaron a mí camarín desde la ventana... ¡Lo juro!

—¿Qué extraño! — repuso iriamente Ricardo contemplando con los ojos duros de la ley a aquella muchacha.

Ella lloraba desesperadamente.

Jaime, que sentía un verdadero afecto por Alicia, murmuró al oído del fiscal:

—Usted no piensa echarle la culpa, ¿verdad?

—¿Por qué no? Las pruebas son fehacientes.

Y sin querer atender a súplicas ni razones llamó a unos guardias ordenando llevaran a la cárcel a la desdichada Alicia.

—¡Ha sido ella... ella!—repetía Mary, besando excitada, la boca del hombre muerto.

Se llevaron a Alicia... y Jaime, muy disgustado, en vano intercedió para que la pusieran en libertad.

No era posible que una muchacha tan buena hubiese cometido aquel delito.

• • •

Pocos meses después se celebraba la causa. Y Alicia, en el banquillo, sufría al sentirse acusada por el hombre que se le antojó una noche tan simpático y a quien había ella dedicado su canción.

¡Ah, qué odio flotaba ahora en su alma contra él! La chispa del amor que prendió antes en su corazón se había convertido en ira.

La madre de Alicia, Jaime, Mary, el tío del fiscal y otros conocidos asistieron a la causa. Ricardo con brutal energía, mostrando al Jurado el revólver de Barron, explicaba:

—Encontramos en las propias manos de la procesada la pistola de Barron, hercamente aún... Su víctima estaba tendida en el suelo. Y ella le miraba... ¡Es posible que sea inocente? ¡No! Ella trata de hacernos creer que la pistola fué tirada a su cuarto por la ventana... Pero, señores del Jurado, ¡observen ustedes alas para volar, en esta arma asesina?

—¡Soy inocente!...—gemía Alicia a quien en vano el defensor trataba de calmar.

—¡Mírenla! —rugía el fiscal—. Mírenla qué bien se sabe caracterizar... con rostro de santa... con lágrimas fingidas... Todo para enternecer a

ustedes. Pero debajo de todo esto se esconde el corazón de una asesina... ¡Hay que hacer justicia!... ¡Es preciso que la condenéis por el delito de asesinato!

Y tan enérgicos fueron sus apóstrofes que el Jurado emitió un veredicto de culpabilidad. ¡Quince años de presidio!

De esta manera se condenaba una pobre vida inocente a la deshonra.

¡Ah, la desesperación de Alicia, el dolor cruel de su pobre madre, la ira sorda de Jaime que tenía la seguridad absoluta de que su amiguita era inocente!

Pero la ley era ley a pesar de sus errores. Y unos días después, la desgraciada muchacha era transportada al presidio de Sing-Sing.

La acompañaban un agente de policía y una mujer perteneciente al servicio del Estado.

Jaime no perdía el tiempo. En compañía de una antigua amiga suya, en quien tenía puesta su confianza para el plan a realizar, tomó dos billetes para Sing-Sing, inmediatamente después de hacerlo el agente de policía.

Horas más tarde llegaban todos a Sing-Sing.

Jaime había logrado advertir a Alicia de su presencia. ¡Calma! ¡Alguien velaba por ella!

El y su compañera salieron rápidamente a la calle para llevar a cabo su proyecto, magníficamente forjado en todos sus detalles, para conseguir la fuga de Alicia.

Esta salió poco después de la estación con el agente y la matrona. Vió en la lejanía el espantoso edificio de la cárcel y se echó a llorar ante

la idea de tener que permanecer allí toda su juventud.

Un auto se hallaba parado en la acera, ante la misma puerta de la estación.

Hizo el agente una seña al chofer. ¡A la cárcel de Sing-Sing!

Abrió la portezuela y mandó subir primero a Alicia. Y en el instante en que iban a hacerlo la matrona y el agente, avanzó hacia ellos una mujer, la cómplice de Jaime, y cayó en sus brazos desvanecida.

Aprovechando aquel instante de sorpresa, de confusión, Jaime, que guiaba el automóvil, cerró violentamente la portezuela y emprendió rápida huida, llevando en el interior a Alicia reconquistada.

—¡Ah, se ha escapado!—rugió el policía, viéndose víctima de una celada.

Rechazando a la supuesta desvanecida, llamó otro taxi y subiendo a él, ordenó persiguiera inmediatamente al fugitivo.

Pero Jaime todo lo preveía, no dejaba ningún cabo para atar. Al volver un recodo, se detuvo su coche ante otro auto parado; descendió de aquél con Alicia y subió en el vehículo que esperaba. Este llevaba dos hombres en el volante y uno de ellos saltó al otro coche y reanudó rápidamente la marcha, perseguido a poca distancia por la policía.

El automóvil al que acababan de subir Alicia y Jaime, emprendió la marcha en dirección contraria a los perseguidores.

De esta manera burlaban su vigilancia.

Y cuando, algunos minutos después, el auto del

agente pudo detener al coche perseguido, vió que lo guiaba un chofer desconocido y que no había nadie en su interior.

¡Ah, qué mala suerte! ¡En la obscuridad de la noche habían tomado un coche por otro!

Y la condenada y sus cómplices habían podido, entretanto, escapar...

¿Qué diría el señor fiscal cuando se enterara?

Y horas después, el fiscal recibía por teléfono noticia de la fuga de Alicia Carroll.

Mostró una violenta indignación al conocer lo ocurrido. En cambio, su tío Pedro, estalló en una carcajada:

—¡Magníficas noticias!—dijo—. Siempre fuí de parecer que era inocente... y le deseo muy buena suerte.

—¡No seas cándido, tío!... ¡Ay, si alguna vez esa mujer cae en mis manos!

Y apretó el puño como amenazando a la criatura que se había burlado de la justicia.

Desorientando por completa a la policía, Alicia y Jaime pudieron embarcar y llegar sin contratiempo a una isla africana, conocida por la de los Prófundos.

Era un refugio de los fugitivos, de los desterrados de sus patrias, de los que huían de sus crímenes.

Apenas desembarcaron, oyeron exclamar a uno de los desterrados allí reunidos mientras contemplaba con gran tristeza el barco que acababa de llegar y se hacía de nuevo a la mar.

—¿Días más? ¿Qué no daría yo por volver a casa?

¡Calma, Alicia!... Quién sabe si podrás ir allá...

Jaime y Alicia se miraron con melancolía, y Jaime, alentador, murmuró a la fugitiva:

—Los unos con motivo y los otros sin él, todos los que vienen aquí no pueden volver a sus lares.

—Tú, sí, Jaime... Tú debes regresar... tú no eres prófugo de la justicia.

El la envolvió en la tierna mirada de sus ojos cansados, de hombre que ya dobló la juventud.

—Después de aquel paseito en auto, creo que no me sería muy agradable regresar. Permaneceré aquí, contigo.

Los dos entraron en la isla exótica, donde se mezclaban los tipos orientales con americanos y europeos, sospechosos.

Un mendigo del país les pidió una Ymoca y le dieron una pieza de cobre.

—Si no conseguimos dinero pronto—dijo Jaime, riendo—volveré para pedirle a este pobre que me haga un lagareto.

Siguieron caminando y haciendo comentarios sobre los tipos que encontraban a su paso, algunos de los cuales no le eran desconocidos a Jaime. Recordaba haberlos visto en Nueva York en otras épocas.

Llegaron a un hotel, establecimiento sórdido, mezcla de taberna, de fonda y cabaret...

Tipos de la peor calaña, gentes al margen de la ley, lo frecuentaban. Era el único hotel que había en la isla.

—¿Qué buena pesca haría la policía aquí?—comentó Jaime.

Todas las miradas se dirigieron hacia ellos, especialmente a Alicia, cuya belleza fué codiciada por muchos ojos.

Una mujer cantaba en la sala. Su voz era poca y mala, pero la aplaudían con fervor.

Alicia deseaba bailar en este lugar durante su expatriación. Jaime la defendería como siempre contra toda clase de peligros.

Era preciso hablar con el propietario del establecimiento y Jaime preguntó a uno de los camareros:

—¿Quién es el dueño de este garito?

Le indicaron un hombre de aspecto brutal, altivo, Jaime lo reconoció en el acto... ¡Era Markus, el antiguo camarada de Barron!

Avanzaron hacia él, y Jaime le brindó la mano con fingida aprensión.

—¡Hola, Markus!... ¡Qué buen establecimiento tienes aquí!

El antiguo matón, que para librarse de la persecución de la policía, había tenido que refugiarse en esta isla, le contempló con desdén y no quiso estrechar aquella mano.

¡Antipático Jaime! Era uno de los amigos del maldis Barron.

—¿Qué es trae por aquí?—le dijo, mientras lanzaba una mirada malechosa al cuerpo delicado de Alicia.

Jaime explicó la fuga de Alicia.

—¿De modo que usted es la joven que mató a Barron?...—dijo Markus riendo.—¡Me ahorré usted una bala!

Ella intentó protestar, pero la voz enmudeció en su garganta. ¿Quién iba a creer allí en su inocencia?

—Considérese como en su casa—le dijo el dueño—. Al lugar le hace falta quien lo alegre y a mí también... Bailará y cantará usted todas las noches.



...tenía para todas una palabra cariñosa...

Y desde aquel mismo instante quedó contratada. Y pasaron días.

Alicia actuó y el éxito fué grandioso.

Procuró olvidar sus penas y fué la animadora del cabaret, la que tenía para todos una palabra cariñosa y dulce. El mismo Markus la trataba cariñosamente, muy enamorado de ella, haciéndole de continuo regalos de vestidos y joyas.

—¿Qué? ¿Te gusta estar aquí?

—Sí... sí...

Pero mantenía a raya al propietario sin que éste lograra recibir siquiera un beso de la muchacha.

Estaba con él muy afectuosa, muy dulce, pero



—¿Te gusta estar aquí?

cundo Markus se deslizaba por el lado peligroso, ella le atajaba con energía.

Jaime vivía en una de las habitaciones del primer piso y velaba continuamente por Alicia.

Entre tanto, en la ciudad, muy lejos de la Isla de Próspero, otra detonación hacía eco a un antiguo crimen.

En plena calle fué arrojada un hombre de un

automóvil... y los que quedaron dentro, dispararon varios tiros contra él, hasta hacerle caer en tierra.

Luego emprendieron rápida fuga.

El suceso había ocurrido frente a una delegación de policía y casa de auxilio. Salieron de ella varios médicos y policías y recogieron inmediatamente al agredido. Este en la espalda llevaba un letrero con una inscripción:

Así tratamos a los delatores.

Tendieron a aquel hombre en la mesa de operaciones. Su estado era gravísimo.

El herido era cierto sujeto que de un tiempo a esta parte se había convertido en confidente de la policía.

El fiscal Ricardo Starr acudió poco después para tomarle declaración, y el desdichado dijo:

—Me marcho para el otro barrio y quiero ir con la conciencia tranquila. Yo fui quien mató a Barron.

—¿Tú?—dijo el fiscal, horrorizado.

—¡Sí... y tiré la pistola por la ventana!... ¡Aquella muchacha es inocente!...

Y quedó muerto.

Abatido por el peso de aquella declaración, bajo la tristeza del gran error judicial, volvió Ricardo a su casa.

Sentía profundos remordimientos. Le parecía que su carrera estaba rota. ¡Ah, mal la empezaba haciendo condenar a un inocente!

Al llegar a su casa, encontróse con un agente, quien le dijo:

—Jefe, acabamos de averiguar el paradero de Alicia Carroll.

—No me importa—respondió, disgustado—. Ella no fué la culpable.

Su tío Pedro le contempló sorprendido. ¿Era verdad aquello?

Insistió el policía sobre lo que se debía hacer, pero como Ricardo prescindiera absolutamente de él, a ruegos de don Pedro el agente abandonó la casa.

Ya solos tío y sobrino, el primero preguntó:

—¡Habla!... ¿Has averiguado, pues, que Alicia no es culpable?

—¡Sí!... ¡Tenías razón, tío!... Cometí una gran injusticia con aquella joven.

Y con profunda excitación le contó la confesión del asesinado.

—¡Cálmate... cálmate!—le decía don Pedro—. En esta vida todas cometemos equivocaciones... pero quizá no sea demasiado tarde para remediar el daño que has hecho.

—Es preciso que lo remedie, de cualquier forma, esté donde esté.

Y aquella misma tarde, el fiscal conoció el lugar donde Alicia se había refugiado.

Y le escribió una carta en que vibraban sentimientos honrados y un ansia de perdón.

Cuando Alicia recibió aquella carta creyó volverse loca de alegría.

Decía así:

Señorita:

Me place poner en su conocimiento que todos los cargos contra usted han sido retirados y que

*su inocencia ha quedado plenamente comprobada.
Si me da la oportunidad de verla a su regreso,
le estará altamente agradecido.*

Suyo afectuoso,

Ricardo Starr.

Su júbilo era indescriptible. Leyó y reluyó varias veces aquella carta y la mostró a su protector, el buen Jaime.

—¡Jaime! ¡Soy libre! ¡Podemos regresar a casa!

Pero su amigo no parecía compartir aquella alegría y miraba a Alicia tristemente como bajo el peso de una preocupación extraña.

—No estés tan segura... Quizá esto sea una celada para hacerte regresar.

—Aunque así fuese, estoy dispuesta a correr el riesgo sólo por ver a mi madre una vez más.

—¿Tu madre?

Vaciló unos momentos, como si sufriese un bando dolor y medosamente puso en sus manos un sobre.

—Mira—dijo.

Horrorizada, Alicia reconoció el sobre que ella había enviado a su madre al llegar a la isla. La carta había sido devuelta sin abrir.

Aquel sobre tenía en su parte izquierda, junto al nombre y a la dirección de la madre, una sola palabra, puesta por el cartero:

Fallecida.

—¡Mi mamá... muerta! — gimió—. ¡Mi pobre mamá!

Y lloró dolorosamente en los brazos de Jaime, comprendiendo que su pobre madre habría muerto

a consecuencia de los sufrimientos morales ocasionados por la condena de su hija.

—¡Maldito fiscal!...—gimió—. ¡El es el culpable de que haya fallecido mi madre!

—¡Cálmate, pobrecita!...

—¡Oh, no quiero volver a mi país, no! ¡No!... Ya nadie me espera allí y tendría recuerdos demasiado dolorosos...

Y rompiendo en mil pedazos la carta recibida del fiscal, la puso dentro de un sobre y la mandó a éste, a su casa de Nueva York.

Semanas después, cuando Ricardo recibió como contestación los pedazos de su carta, comprendió que aquella mujer seguía alimentando contra él, a causa de sus sufrimientos, un odio implacable...

—Es preciso que Alicia me perdone—dijo—. Iré a buscarla personalmente. Es un peso del que quiero librarme...

Y a los dos días embarcaba para la isla africana.

La vida siguió monótona y triste para la expatriada. Seguir cantando y bailando en el cabaret, recibiendo regalos de Markus, pero esquivando siempre las proposiciones de éste.

Su único consuelo era Jaime, que velaba por ella.

Cierto día, el establecimiento estaba animadísimo, como de costumbre. Había mezcla de todas las razas, de todos los vicios.

Unos clientes del cabaret buscaban la onda de un aparato de radio escuchando las noticias y conciertos que transmitía desde países lejanos.

De pronto, la música de la radio tocó el himno nacional norteamericano. Y todos como un solo hombre se pusieron en pie guardando un religioso silencio. Para muchos aquello era la canción y el recuerdo de la patria; pero los pertenecientes a otros países se levantaron también rindiendo pleitesía a una nación amiga.

Alicia lloró de emoción y muchos americanos sintieron que se les humedecían los ojos.

Únicamente cierto sujeto se negó a levantarse, pero Jaime, con la razón de su enérgico puño, le obligó a ponerse en pie.

Acabado que fué el himno, la música volvió a tocar otras piezas.

Alicia marchó hacia su habitación y Jaime quedó con varios sujetos escuchando canciones o hablando de recuerdos patrióticos.

De pronto, se estremeció al sentir que una mano se apoyaba en su hombro. Se volvió atemorizado como si aquella mano le quemara la carne.

Tembloso reconoció al fiscal Ricardo Starr.

—He venido para llevarme a la señorita Alicia Carroll—dijo el fiscal.

—¡No lo permitiré mientras viva! —respondió con feroz energía.

—¡Lléveme a su lado!... Es que está libre... completamente libre... Su inocencia ha quedado reconocida.

Hablaba con tanta sinceridad, que Jaime acabó por creerle.

—¿Entonces su carta decía la verdad?

—¡Se lo juro!

—De no ser así le aseguro que no saldrá de aquí con vida.

Los dos hombres se encaminaron a la habitación de Alicia.

Al entrar, Jaime dijo sonriente:

—Tengo una sorpresa para ti, Alicia.

—¿Una sorpresa? ¡Qué? ¡Oh... usted!

Vió al fiscal Ricardo Starr que avanzaba observándola con amargura.

—Alicia—dijo el fiscal, emocionado—. Como no creyó usted lo que le escribí... no me quedó más remedio que venir en persona.

Ella tenía que contenerse para no insultar al causante de sus desdichas.

—Pues es usted sumamente galante—dijo barlona.

—Alicia... lamento mi error... y vengo a devolverla a su país.

—¿Para qué quiere que regrese? ¿A explicar su equivocación?

—Es preciso que se reintegre usted a la vida de Nueva York. Sólo entonces mi alma estará tranquila.

No quiero saber nada de usted. Me ha hecho demasiado daño... ¡Ah, lea... lea!...—dijo buscando el sobre que ella había mandado a su madre y donde aparecía la indicación de "Fallecida".

—Mi madre murió por su culpa... Nunca le he de perdonar eso.

—Alicia, cometí con usted el mayor error de mi vida... Estoy dispuesto a hacer todo lo posible para subsanarlo.

—Usted nada puede hacer.

Jaime callaba, sin osar intervenir, no queriendo privar a Alicia de su libre voluntad.

Desolado ante aquella negativa, el fiscal se encaminó a la puerta y ya en ella, insistió aún:

—El vapor sale dentro de tres horas...

—No irá.



—Espero que cambiará usted de parecer.

—Espero que cambiaré usted de parecer. La aguardo en el muelle.

Al salir del cuarto de Alicia, el fiscal se encontró frente a frente con Markus.

—¡Caramba!—dijo Markus con fría voz—. ¡El fiscal aquí!

Ricardo le miró miradamente, y Markus añadió, dirigiéndose a la concurrencia de su cabaret:

—¡Señoras y caballeros!... Acaba de llegar la

ley y el orden. Háganle un buen recibimiento. Este señor es fiscal de Nueva York.

Se produjo un sordo rumor de odio mal contenido. Desafiando las iras de la multitud, Ricardo quiso abrirse paso entre los grupos, pero éstos se lanzaron contra él, le abofetearon, le derribaron en tierra con propósito de lincharle.

Jaime se revolvió furioso, deseando ir en ayuda de aquel hombre, pero sin atreverse a hacerlo, comprendiendo lo inútil de su sacrificio ante un número tan poderoso de adversarios. Alicia contemplaba angustiada la pelea y en aquel instante olvidaba su odio para pedir a Dios que no mataran al fiscal.

Finalmente, después de haberle dado una paliza terrible, aquellos bandidos cogieron al fiscal y lo llevaron a una horrenda mazmorra.

Contento de lo sucedido, Markus le gritó, al arrojarle al calabozo:

—De aquí un par de años, avíseme si le gusta o no el lugar.

Y lanzando una horrible carcajada, le dejó encerrado...

Jaime, espíritu noble, volaba por el fiscal. Y como diese la casualidad de que el guardián que vigilaba la puerta de la mazmorra, era amigo suyo y de Alicia, concertaron los tres la salvación.

Alicia, noblemente, olvidando en aquel instante sus legítimos rencores y no queriendo que un ser inocente sufriera condena, se desprendió de uno

de sus preciosos brazaletes y lo entregó al guardián.

El vigilante accedió a hacer la vista gorda, y una hora después, el fiscal recobraba la libertad.

Saló de la cárcel en compañía de Alicia y de Jaime a los que expresó su hondo reconocimiento.

Nadie había descubierto aún la huida.

—¡Marche ahora inmediatamente!—dijole Alicia.

—¡Sin usted no me voy!—respondió decidido, importándole poco la libertad si no se llevaba aquella mujer, por quien experimentaba un dulce afecto de gratitud... y de amor.

—No... no... Usted no puede permanecer aquí, alejada de la civilización... de las cosas desentes de la vida.

Jaime movió tristemente la cabeza y acabó por insistir a su vez para que Alicia marchara en el barco.

Alicia vaciló... pero acabó rindiéndose a tales demostraciones. ¡Ah, su corazón no olvidaba que la primera vez que vió al fiscal sintió por él el ansia maravillosa del amor!

¡Dios mío! ¿Le amaba todavía?

—¡Buena!—dijo—. ¡Acepto! Voy en busca de mis cosas y me encontraré con usted en el muelle.

—No tarde.

Subió la joven a su habitación mientras ante una de las desiertas fachadas del edificio esperaban impacientes Jaime y el fiscal.

Ella arregló febrilmente sus maletas. Estaba ya casi lista cuando llamaron a la puerta.

Atemorizada fué a abrir y se encontró con la figura brutal de Markus.

Fué retrocediendo, pálida de terror, mientras él, avanzando hacia la bailarina, le mostraba un brazalete de brillantes y se lo ajustaba rudamente al brazo.

Alicia tembló. Era la misma pulsera que había entregado antes al guardián.

—Lo sé todo—dijo Markus—. El fiscal ha huido



—... tú has protegido esa fuga.

y tú has protegido esa fuga. Tuve que matar al guardián para recuperar el brazalete... y tú vas a comenzar a pagar por él.

Y le mostró un revólver que volvió a guardarse. —Si encuentro al maldito fiscal, le voy a matar. Ahora he venido por ti, palomita.

Mientras tanto, el fiscal y Jaime se impacientaban... Ricardo quiso entrar en el cabaret temien-

do que hubiese ocurrida algo grave a Alicia, pero Jaime se opuso.

—Voy a ir ya. A usted podrían volver a detenerle...

Marchó precipitadamente hacia el cuarto de Alicia y presentóse ante sus ojos el bárbaro espectáculo de la lucha del hombre por la posesión de la mujer.

—¡Ah... llegas a tiempo!—gritó el miserable Markus yendo hacia él.

Y arrojóse contra Jaime emprendiendo ambos hombres tremenda lucha.

El rumor de la pelea llegó a oídos del fiscal, quien, sin vacilar, trepó a la ventana del cuarto de Alicia, dispuesto a todo.

Y Markus tuvo un nuevo adversario, cuyos puños eran de hierro.

Ciego de ira, disparó su revólver, y Jaime cayó en tierra, apretándose el vientre con un gesto de dolor.

Markus era más fornido que el fiscal y abatió a éste; y en el momento que iba a descargar una silla sobre la cabeza del mismo, Jaime, haciendo un supremo esfuerzo, logró incorporarse y disparó un tiro contra el criminal.

La bala entró recta por la espalda hacia el corazón.

Y Markus cayó rápidamente muerto.

Alicia y el fiscal corrieron a auxiliar a su amigo, cuya intervención había salvado al segundo.

Jaime miró tristemente a Alicia con los ojos casi sin luz y con voz entrecortada reveló un secreto:

—¡Alicia mía!... Siempre te quise... al extremo que nunca me atreví a confesártelo... Todo lo que

hice por ti... era por... amor... Pero ¡ahora todo acabó ya! ¡Yo me muero! ¡Marchaos cuanto antes!... Prometedme que regresaréis juntos... y que trataréis de ser felices...

No pudo decir más. Dobló la cabeza y murió.

Y el fiscal, abrazando a la joven, dijo entonces:

—¡Vámonos de aquí, Alicia! El barco nos espera... Yo comprendo que te quiero, Alicia... Te prometo darte toda la felicidad que mereces... Te creí culpable... pero Dios es justo y no permitió que sigieras viviendo en el error.

Ella calló y derramó amargas lágrimas.

Sí, le amaba...

Y aquella misma noche, a bordo del barco que los conducía a su patria, Ricardo convertía su error en certeza... casándose con Alicia.

FIN

Ha sido revisada por la censura



Ya se ha puesto a la venta

en las selectas Ediciones Especiales
de La Novela Semanal Cinematográfica

Las tres pasiones

por Alice Terry



PIDA EN CUALQUIER QUTOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte
CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA

NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

Gran éxito de

La Novela Frívola Cinematográfica

(Regalo de Artísticas fotografías)

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barriarà, 16; Madrid: Caños, 1

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Difusión, Revisión y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Bárbará, 16; MADRID: Caños, 1

